

LA EMPERATRIZ DE LOS HUESOS

ANDREA STEWART

Traducción: Cristina Martín Sanz



Capítulo 1

Lin

Isla Imperial

Pensaba que podría arreglar las cosas en el Imperio solo con disponer de los medios necesarios. Pero arreglar las cosas significaba arrancar las malas hierbas a un jardín que se había vuelto salvaje, y por cada mala hierba que arrancaba brotaban dos nuevas en su lugar. Era muy característico de mi padre no dejarme una tarea fácil. Me agarré a las tejas de cerámica del tejado sin hacer caso del leve quejido de Thrana, que aguardaba debajo. En el palacio del emperador había escasa intimidad. Los pasillos estaban transitados por sirvientes y guardias, incluso por la noche siempre había alguien despierto. Mi padre se paseaba por los pasillos de su propio palacio a todas horas con total impunidad; nadie se atrevía a cuestionárselo, ni siquiera yo. Seguramente a ello contribuyó el hecho de que tenía más constructos que sirvientes y que los sirvientes que tenía lo miraban con terror. Yo deseaba ser una emperatriz distinta. Aun así, no había contado con tener que moverme de manera furtiva por mi propio palacio.

Sequé con la manga la humedad de una teja mojada de agua de lluvia y me icé hasta el aguilón del tejado. Tenía la sensación de que había pasado una eternidad desde la última vez que me subí allí, y aunque en realidad solo hacía unos pocos meses, mis músculos acusaban la falta de actividad. Antes hubo cuestiones administrativas de las que tuve que ocuparme: contratar sirvientes, guardias y obreros; reparar

y hacer limpieza en los edificios incluidos en el recinto del palacio; reinstaurar algunas de las actividades de mi padre y abolir otras.

Y siempre había gente observándome, preguntándose qué iba a hacer, intentando tomarme la medida.

Por debajo de mí, Jovis, mi capitán de la Guardia Imperial, vigilaba en el pasillo al que daba mi habitación acompañado de su mascota Mefi. Había insistido en asumir personalmente dicha tarea, y aunque sí que dormía en algún momento, tan solo se entregaba al sueño una vez que había sido relevado por otro guardia. El hecho de tener a una persona constantemente frente a mi puerta hacía que me rechinaran los dientes. Jovis siempre quería saber dónde estaba yo y qué hacía. Y yo no podía reprochárselo, dado que le había hecho responsable de mi seguridad. No podía ordenarle a él y a sus guardias que me dejaran en paz sin tener un motivo suficiente. Mi padre era famoso por ser una persona de mal carácter, reservado y excéntrico; ¿cómo iba yo a impartir semejante orden sin causar esa misma impresión?

Un emperador se debía a su pueblo.

Me senté durante unos momentos en la punta del tejado y aspiré el aire húmedo y el aroma del mar. El sudor me pegaba el pelo a la nuca. Algunas de las habitaciones que había descubierto tras la muerte de mi padre estaban cerradas con llave sin ninguna razón lógica. Una estaba llena de cuadros, en la otra había baratijas, regalos de otras islas. Ordené a los sirvientes que limpiaran todos aquellos objetos y que los organizaran para poder exhibirlos en los edificios recién renovados.

Había otras habitaciones cuya entrada no me atrevía a permitírsela a nadie. Aún desconocía todos los secretos que aguardaban detrás de aquellas puertas y qué significaban las cosas que había encontrado. Además, las miradas inquisitivas me hacían ser precavida. Tenía secretos propios.

Yo no era hija de mi padre, era un ser creado, cultivado en las cuevas que había bajo el palacio. Si alguien descubriera mi secreto, ello significaría mi muerte. Ya se estaba fraguando suficiente insatisfacción con la dinastía Sukai como para añadir más leña al fuego. Los habitantes del Imperio del Fénix no tolerarían la presencia de un impostor.

Abajo, en el patio, había dos guardias patrullando. Ninguno de los dos miró hacia el tejado. Y aunque hubieran mirado, yo habría sido tan solo una silueta oscura recortada contra un cielo nublado y la lluvia que les caía en los ojos les habría dificultado ver nada más. Bajé por el otro lado para llegar a una ventana que todavía estaba abierta. Hacía una noche templada a pesar de las nubes y de la lluvia, y era frecuente que los postigos de las ventanas se dejaran abiertos, a no ser que nos encontráramos en medio de una auténtica tempestad. Solo vi unas cuantas lámparas encendidas cuando me descolgué desde el borde de las tejas y busqué el alféizar con los pies.

Me producía un extraño consuelo volver a moverme furtivamente por los pasillos del palacio llevando ocultas en el bolsillo de mi fajín mi herramienta de grabar y unas cuantas llaves. Me resultaba familiar, era algo que ya conocía.

No pude evitar asomarme por la esquina para ver la puerta de mi habitación. Jovis seguía estando allí, y Mefi a su lado. Le estaba mostrando un mazo de fichas lacadas; Mefi alargó una mano de zarpas unidas por una membrana y tocó una.

—Esta.

Jovis lanzó un suspiro.

—No, no, no. Si pones un pez encima de una serpiente marina, perderás ese turno.

Mefi ladeó la cabeza y se sentó sobre sus cuartos traseros.

—Da de comer el pez a la serpiente marina. Haz a la serpiente amiga tuya.

—No es así como funciona.

—Conmigo funcionó.

—¿Tú eres una serpiente marina?

Mefi chasqueó los dientes.

—Tu juego no tiene lógica.

—Dijiste que te aburrías y que querías aprender —señaló Jovis al tiempo que empezaba a guardarse otra vez las fichas en el bolsillo.

Mefi pegó las orejas al cráneo.

—Espera. Espeera.

Me aparté y escuché por si oía pisadas. Jugar a las cartas mientras se vigilaba la habitación de la emperatriz no era muy profesional,

por más que Jovis hubiera insistido en que tenía que protegerme. Supuse que yo misma me había buscado aquello al contratar a un antiguo miembro del Ioph Carn y notorio contrabandista para que desempeñara el cargo de capitán de la Guardia Imperial. Pero Jovis había salvado a muchísimos niños del Festival del Diezmo y se había ganado muy buena reputación entre la gente.

Y la buena reputación entre la gente era algo que yo poseía en cantidad escasa.

Me dirigí hacia el almacén de esquiras, y cada vez que veía a algún guardia o sirviente me escondía en un pasillo lateral o detrás de una columna. A toda prisa abrí la cerradura de la puerta y me colé en el interior. Me moví sirviéndome de mi memoria: tomé la lámpara que había junto al dintel de la puerta, la encendí y me dirigí al fondo de la habitación. Allí había otra puerta, tallada con el dibujo de un enebro de copas redondeadas.

Otra cerradura, otra llave.

Bajé a la oscuridad de los túneles de la antigua mina, que discurrían bajo el palacio. Mi lámpara iba destacando los bordes afilados de las paredes en forma de pronunciados relieves. Los constructos que había apostado allí mi padre para vigilar los túneles habían muerto, desactivados por mi mano una vez que obtuve la fuerza necesaria para ello. Otra cosa eran los constructos que todavía se hallaban dispersos por el Imperio; todos llevaban dentro la orden de obedecer a Shiyen. Y dado que Shiyen ya no estaba, la estructura de sus órdenes se había desbaratado. Algunos habían enloquecido, otros se habían escondido. Únicamente había dos constructos que consideraba míos: Hao, un pequeño amiguito cuyas órdenes yo había reescrito para que me obedeciera, y Bing Tai. Hao había muerto defendiéndome de mi padre. Tan solo quedaba Bing Tai.

En el punto donde los túneles se bifurcaban, giré a la izquierda y abrí la puerta que cerraba el paso. A menudo me había preguntado qué hacía mi padre cuando desaparecía tras aquellas puertas cerradas con llave, y seguía sin saberlo con exactitud.

El túnel desembocó en una caverna, y encendí las lámparas distribuidas alrededor. Parte de la caverna estaba ocupada por un estanque, y junto a este se había montado un puesto de trabajo.

Había estantes con libros, una mesa metálica y cestos llenos de herramientas que no reconocí. Y el arcón que contenía la máquina de la memoria de mi padre. Allí era donde había encontrado a Thrana, sumergida en el estanque y conectada a dicha máquina. Tal como hacía siempre al entrar en aquella caverna, miré dentro del agua. Mi lámpara se reflejó en la superficie oscura; tuve que fijarme más para ver lo que había debajo. Dentro del estanque se encontraba todavía la réplica de mi padre, con los ojos cerrados. Tras la primera oleada de alivio, llegó la familiar punzada de dolor. Se parecía mucho a Bayan, o supuse que Bayan se parecía mucho a él.

Pero Bayan había muerto ayudándome a derrotar a mi padre, y cuando por fin me tomé un momento para llorar su pérdida, me di cuenta de que no había forma de hacerlo volver. La prueba era yo. Mientras que mi padre había cultivado una réplica suya sumergiendo en el estanque un dedo amputado de su pie, a mí me cultivó a partir de piezas tomadas de personas que había ido recogiendo por todo el Imperio. Intentó inocularme los recuerdos de Nisong, su esposa fallecida. Eso solo había funcionado de manera parcial: yo tenía algunos de sus recuerdos, pero no era ella.

Yo era Lin. Y era la emperatriz.

Aunque pudiera utilizar la máquina de la memoria para restaurar una parte de Bayan en su réplica, no sería él.

De repente me giré, segura de haber oído algo. ¿Unos pasos? ¿El roce de una bota contra la piedra? Las lámparas que había encendido a mi espalda iluminaban tan solo piedra y agua; lo único que oía eran los latidos de mi corazón retumbándose en los oídos. En ese instante de pánico cegador, sentí que me lo arrebatában todo: mis años de duro trabajo, las noches que había pasado leyendo libros de magia de las esquiras, el valor que había tenido que reunir para desafiar a mi padre; todo ello desaparecido en el instante en que alguien me descubriera. Me estaba volviendo paranoica, oía cosas donde no había nada. ¿Cómo podía haberme seguido alguien hasta allí abajo sin las llaves? Todas las puertas quedaban cerradas de nuevo en cuanto caía el pestillo.

Esparcidos por la mesa metálica había varios de los libros y documentos que había ido recopilando mi padre. Me sentía reacia a

llevármelos a mis habitaciones, donde los sirvientes podían verlos. Aquellas eran las malas hierbas que estaba intentando arrancar: los pocos sin esquiras, el hundimiento de la isla Cabeza de Ciervo, los constructos sin líder y los alanga. Aquí abajo había respuestas, ojalá pudiera encontrarlas. Porque lo difícil era encontrarlas. Las anotaciones de mi predecesor estaban dispersas y la letra con que habían sido escritas no era clara. Pese a las tres puertas cerradas con llave, mi padre escribía como si tuviera miedo de que otra persona pudiera encontrar aquellos libros. Nada era sencillo. A menudo hacía referencia a notas que había tomado anteriormente, o a otros libros, pero sin mencionar dónde encontrar dichas notas ni cómo se titulaban los libros. Yo estaba intentando hacer un rompecabezas que no tenía dibujo.

Acerqué la silla y empecé a pasar las páginas sintiendo un dolor de cabeza que iba aumentando en intensidad detrás de los ojos. Una parte de mí pensaba que si leía lo suficiente, si lo leía bastantes veces, descubriría los secretos de mi padre.

Hasta el momento, lo único que había podido comprender era que ya había otras islas que se habían hundido mucho tiempo atrás. El hecho de saber que ya se había hundido más de una, y que hasta la fecha solo habíamos visto caer Cabeza de Ciervo, hizo que me sudaran las palmas de las manos. Seguía sin saber qué había causado el hundimiento de Cabeza de Ciervo ni cuándo cabría esperar que se hundiera otra isla. Y los alanga... Otra cosa que mi padre habría dicho a su heredero. ¿Quiénes eran? Y si regresaran, ¿qué podría hacer yo para luchar contra ellos?

Mi mirada se desvió hacia la máquina de la memoria.

Cuando la desconecté de Thrana, todavía quedaba líquido dentro de los tubos. En algunos había sangre de ella y otros contenían un fluido lechoso. La sangre la recogí en una redoma que había tomado de las cocinas, y el fluido lo metí en otra. Mi padre, en sus anotaciones, mencionaba que inoculaba los recuerdos en sus constructos y en mí. Por lo visto, no había quedado satisfecho con sus primeros intentos, era reacio a dismantelar los constructos que pudieran llevar dentro recuerdos de su esposa muerta, pero lo disgustaba ver lo poco que parecían haber entendido de Nisong.

Yo no sabía con certeza qué había hecho mi padre con aquellos constructos, pero el asunto más apremiante era dónde estaban guardados los recuerdos.

Había puesto un tapón a las dos redomas y las había colocado en la mesa junto con los libros. Había llegado a destapar la que contenía el fluido lechoso y a olfatearlo. Pero siempre volvía a taponarla y repasaba las anotaciones de Shiyen buscando una prueba más concreta de que aquel fluido contenía los recuerdos. ¿Tan desesperada empezaba a estar como para contemplar la posibilidad de beberlo sin saberlo con seguridad? Que yo supiera, podía ser algún líquido lubricante para la máquina, venenoso y no apto para el consumo.

Sin embargo, una parte de aquel líquido había salido de Thrana. No sabía muy bien cuál era la relación, dónde la había encontrado mi padre y qué clase de criatura era. Se parecía a Mefi, y a este, Jovis lo había encontrado nadando en el mar tras el hundimiento de Cabeza de Ciervo.

Thrana no tenía nada tóxico.

Ah, estaba poniendo excusas porque una parte de mí quería beberlo sin más. Quería saber. No podía saber con seguridad qué recuerdos podrían estar contenidos en aquel líquido, pero tenía una idea. Shiyen ya estaba viejo y enfermo. Seguramente estaba esforzándose por recopilar sus recuerdos e inocularlos en su réplica antes de morir.

Yo buscaba respuestas, y era posible que algunas de ellas estuvieran dentro de aquella redoma. El Imperio del Fénix se sostenía en el filo de la navaja. ¿Qué estaba yo dispuesta a hacer para salvar a mi pueblo? Numeen me había dicho que el pueblo necesitaba tener un emperador que se preocupase. Y yo me preocupaba. Me preocupaba mucho.

Agarré la redoma, le quité el tapón y me la acerqué a los labios antes de que pudiera cambiar de opinión otra vez.

El líquido estaba frío, aunque eso no enmascaraba el sabor. Sabía a cobre, estaba dulce y tenía un extraño regusto que me llenó la boca y se me quedó adherido en la parte de atrás de la garganta. Me pasé la lengua por los dientes preguntándome si no debería haberlo probado antes de tragármelo. A lo mejor era veneno, efectivamente. Y de pronto me inundó un recuerdo.

Me encontraba aquí, todavía en esta caverna, aunque su aspecto era distinto. Había tres lámparas más encendidas en la zona de trabajo y Thrana aún estaba dentro del agua. Mis manos ajustaban los tubos que penetraban en la máquina de la memoria. Tenía manchas de color marrón en el dorso de las manos y se me marcaban los tendones en la piel. Hice demasiada fuerza, con lo que mi mano resbaló y se golpeó contra un lado del arcón. Y algo se soltó.

—¡Por las pelotas de Dione! —Sentí una oleada de frustración.

Siempre una cosa detrás de otra. Si ponía algo en su sitio, había algo que se salía de su sitio. Lo único que me daba ilusión de vivir eran aquellos experimentos. Sentí un dolor en el pecho al acordarme de Nisong, de sus ojos oscuros, de su mano en la mía. Ya no estaba. Palpé el fondo del arcón y empujé el compartimento oculto para alinearlos de nuevo.

Mi mirada, de forma involuntaria, se desvió hacia el otro extremo de la caverna.

Y en ese momento volví a estar otra vez dentro de mi cuerpo, preguntándome si era aquello lo que se sentía al ser mi padre. Extrañamente sorprendida de que él albergara unos sentimientos tan fuertes. Yo siempre lo había considerado una persona distante y fría.

Mi padre había amado de verdad a Nisong. No supe muy bien por qué eso me sorprendía. Tal vez fuera porque, por mucho que me esforcé, no conseguí que me amase a mí.

En el recuerdo, en el interior del arcón se había aflojado un compartimento oculto. A modo de experimento, di un golpe en el lado del arcón con la mano abierta. No se aflojó nada, pero puse la mano donde recordaba que la había puesto mi padre para recolocar la madera.

Allí había algo. Un rectángulo de pequeño tamaño en el que la madera se notaba ligeramente levantada. Dentro había una diminuta llave de plata.

No supe si reír o llorar. Mi padre siempre guardaba un montón de secretos, secretos dentro de otros secretos. Su mente era un laberinto cuya salida ni siquiera él era capaz de encontrar. ¿Y si fuera cierto que me había criado como hija suya? ¿Y si había dejado a un lado su absurdo intento de continuar viviendo dentro de otro cuerpo, de devolver la vida a su esposa muerta?

La llave estaba fría cuando la tomé, los diminutos dientes que tenía en su extremo estaban afilados. Ya había abierto todas las puertas que logré encontrar en el palacio; aquella llave debía de corresponder a otro lugar.

Miré de nuevo hacia el otro extremo de la caverna. Mi padre había mirado hacia allí cuando volvió a colocar el cajón en su sitio. Pensaba que allí no había nada, pero a lo mejor no me había fijado bien.

Levanté la lámpara. Había unas estalagmitas que me bloqueaban el paso, y tuve que pasar entre ellas igual que un ciervo sorteando las cañas de bambú. Por fin llegué a una zona despejada que había junto a la pared: el lugar hacia el que había mirado mi padre. Al recorrerlo con la vista, se me cayó el alma a los pies. Allí no había nada, tan solo piedra y el centelleo de los cristales en las paredes. Ya había ido allí otras veces, no sé por qué esperaba encontrar algo distinto.

Secretos dentro de otros secretos.

No, allí *había* algo. Mi padre había mirado hacia aquel punto y yo había experimentado dicho recuerdo suyo. Había un motivo para ello, lo presentía. Me arrodillé, dejé la lámpara y me puse a palpar el suelo.

Mis dedos encontraron una minúscula grieta llena de tierra.

Dejé la llave a un lado, me saqué la herramienta de grabar del bolsillo del fajín y la utilicé para limpiar la tierra de la grieta. Alguien había extraído una cuña de piedra con cincel y luego había vuelto a meterla. Allí había algo, no me había equivocado.

La herramienta de grabar se dobló cuando la usé para extraer la cuña de piedra. Me dolieron las uñas cuando las introduje por debajo y tiré hasta que se soltó. Salió un poco de polvo que flotó en la luz de la lámpara. Al mirar en el interior de la cavidad, descubrí una trampilla y una cerradura.

¿Qué había guardado allí mi padre, que necesitaba varias puertas cerradas con llave? La llave se deslizó con suavidad en la cerradura y giró con un leve chasquido. Las bisagras de la trampilla estaban bien engrasadas, porque se abrió sin hacer ruido. Cuando acerqué la lámpara a la boca del agujero, lo único que vi fue una escalera vertical que descendía hacia la oscuridad.

Allí abajo podía haber cualquier cosa. Me puse en cuclillas, me tendí boca abajo y metí la cabeza y la lámpara por el hueco de la trampilla. Se hacía difícil ver muy lejos en el interior de aquel espacio llevando solo una lámpara, y encima estando boca abajo. La escalera vertical era larga, el fondo se hallaba más profundo de lo que había calculado al principio. Sin embargo, logré distinguir unos estantes colocados en una pared sumida en las sombras.

En fin, ya había llegado hasta allí, ¿no? Además, no pensaba volver y pedir a Jovis que me acompañase a la guarida de mi padre. Yo había derrotado a mi padre, así que bien podía meterme solita en un agujero oscuro. Me levanté de nuevo, me guardé otra vez la herramienta de grabar en el bolsillo del fajín, tomé el asa de la lámpara con los dientes y apoyé los pies en la escalera.

El aire de aquella cueva inferior estaba todavía más frío que el de la caverna donde se encontraba el estanque. Desprendía un suave olor a lluvia recién caída, aunque no pude detectar ningún exceso de humedad. Supuso un alivio volver a tocar suelo y quitarme la lámpara de la boca, que ya había empezado a dolerme.

Me sacudí la tensión de los hombros. A lo mejor allí abajo había más libros, más anotaciones, más piezas del rompecabezas. Giré a mi alrededor alumbrando con la lámpara.

Y me topé con dos ojos monstruosos.